

novelas gráficas

Pablo Iglesias Simón
@piglesiassimon

Relatos de lo innombrable

En los últimos meses se han publicado tres novelas gráficas que creo que tienen un gran interés por el modo en que sus autoras se aventuran a afrontar temas y ópticas que la ficción suele tratar de soslayo.

Con *¿Podemos hablar de algo más agradable?*, Roz Chast dibuja los últimos años de sus progenitores. Unos padres que, como la mayoría, vivieron la comedia de la vida sin mirar a la tragedia de la muerte.

Como ya hiciera Castellucci en *Sobre el concepto de rostro en el hijo de Dios*, pero valiéndose del sentido del humor, la norteamericana nos coloca frente a un fallecimiento cotidiano y sucio, ajeno a los relatos épicos donde las defunciones son rápidas y gloriosas. Desde el que abrazar con alegría los instantes que se disfrutaron y verter lágrimas por aquello que quedó pendiente. Con estertores que emponzoñan a quienes se quedan, agonías que se prolongan más allá de lo que aguantan ahorros y pensiones, e hijos que dejan de serlo y aprenden a vivir la muerte con el crepúsculo de quienes les dieron la vida.

Isabelle Arsenault y Fanny Britt realizan con *Jane, el zorro y yo* un retrato del acoso escolar, tema al que también han



dado voz dramaturgos nuestros como Fernando J. López en *La edad de la ira* o Paco Becerra en *El pequeño poni*. Hélène, con apenas doce años, verá cómo su autoestima se rompe en mil pedazos al sucumbir al juicio cruel de sus compañeros de pupitre. La gordura que ellos inventan, la hará ciega a su belleza real. Condenada a la soledad, asumirá la culpa de las faltas que otros fabulan. Un furtivo zorro, las andanzas de Jane Eyre y una amistad generosa e inesperada, la liberarán de la cárcel de su autoexclusión y la enseñarán a volver a mirarse con sus propios ojos.

En *La historia de mis tetas* Jennifer Hayden, en la línea de Peeters en *Píldoras azules*, Bechdel en *Fun Home* o Thompson en

Blankets, nos abre las puertas a los rincones luminosos y oscuros de su propia biografía. De un cáncer de mama que le descubrió a los cuarenta y tres años la pequeñez y la grandiosidad de su existencia. Que recorre con un par de tetas, que dejan de ser mero objeto para transmutarse en sujeto de sus viñetas. Que nos guiarán por los senderos de la incomprensión, la inseguridad, el deseo, el gozo, la libertad, la ansiedad, la empatía, el dolor, el miedo y la autoafirmación. Que nos enseñarán que no somos, sino que vamos siendo. Y que la vida cambia con el fluir de nuestro amar y ser amados.

